

gios de atención. Un momento de distracción puede estrellar el ascensor contra las rocas, romper el cable, matar los hombres y detener todo el trabajo de la mina; si pierde tres segundos en cada movimiento de la manivela la extracción de mineral en las modernas minas perfeccionadas disminuye por jornada de veinte a veinticinco toneladas. ¿Es ese el obrero que mayor servicio presta en la mina, o el que desde abajo indica la subida del ascensor, o el minero que tiene en constante riesgo su vida, o el ingeniero que perdería el filón carbonífero y haría extraer piedra inútil por un sencillo error de cálculo, o el capitalista que arriesgó su dinero en la empresa? Todos los que trabajan en la mina según su inteligencia y su energía contribuyen a extraer carbón, y cuanto puede decirse acerca de ellos es que tienen derecho a vivir, a satisfacer todas sus necesidades materiales y morales. Pero ¿quién valuará *sus obras*? Además, ¿es puramente *obra suya*, producto exclusivamente suyo ni del propietario legal el carbón extraído de la mina? Sin el ferrocarril minero y sin las vías de comunicación que irra-

dian por todas partes sería imposible la explotación de la mina. Durante la recientemente pasada crisis del carbón se ha demostrado que en España hay buenos y abundantes yacimientos de hulla, pero la industria española consume carbón inglés porque resulta más barato que el español, por no haberse dedicado a su extracción el trabajo necesario para ponerle en condiciones económicas de consumo. ¿Qué harían los mineros sin el trabajo de los que labraron y sembraron los campos, extrajeron el hierro, construyeron las máquinas y así sucesivamente sin solución de continuidad en las relaciones mutuas del trabajo?

No puede hacerse distinción racional entre los productos de cada productor, eminencia científica o simple peón: medirlos para pagarlos conduce al absurdo y a la injusticia. Sólo queda un recurso: no medirlos, no pagarlos y reconocer el derecho a la salud y al más amplio bienestar a cuantos contribuyan a la producción en la bella, racional y justa fraternidad libertaria y comunista.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

VI

La moral Védica

Del antiguo Egipto pasemos ahora a la India.

Desde los tiempos védicos hasta nuestros días, la India ha sido un vasto laboratorio en que se ha sometido un tipo humano superior, con persistencia y continuidad, a una cultura moral muy particular.

Es interesantísimo notar los efectos y las fases de este largo experimento sociológico.

La primera doctrina de la India fué el animismo, el politeísmo naturalista, inspirador de los himnos llamados

Vedas. Los dioses a quienes se dirigían esos himnos son todas las potencias de la Naturaleza, sobre todo los fenómenos de la luz, las claridades que se suceden de la mañana a la noche, los fuegos que recorren el espacio celeste, en una palabra, los devas, es decir, los luminosos.

El *Rig-Veda* nos muestra una raza sencilla y bárbara todavía, dotada de una imaginación muy coloreada y de gran fervor hacia sus dioses múltiples. No hace aún de esos dioses los guardianes de su moral; son, para los arias védicos, poderosos personajes, invisibles